

TESTIMONIOS*

JAVIER MUGUERZA
CARLOS PARÍS
VALERIANO BOZAL
JOSÉ JIMÉNEZ

Javier Muguerza

Quiero empezar dando las gracias a la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM) por la oportunidad que me depara de participar en este homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez, a quien tanto admiro y a quien tanto quiero.

La gentileza de la FIM es tanto más de agradecer por mi parte cuanto que da la sensación de que esta reunión ha sido de algún modo programada como una fiesta familiar, y la verdad es que no creo pertenecer a la familia. En realidad, ni tan siquiera estoy seguro de pertenecer a lo que, en un sentido más o menos amplio, se da en llamar la izquierda; y al menos hoy, en que autotitulados izquierdistas pueden llegar a ser hasta ministros, preferiría decir de mí que tal vez haya sido de derechas de toda la vida, sólo que, eso sí, a mi aire. Un aire, en cualquier caso, que no me impide estar aquí y encontrarme, además, realmente a gusto.

Hace un par de semanas, un amigo común de Adolfo y mío —así como de algunos de los presentes— nos decía en otro lugar, en su condición también él de exiliado, que iba ya siendo hora de desmitificar al exilio español. En boca suya esas palabras estaban animadas de una noble intención y nadie pone en duda, desde luego, cuánto puede haber de saludable en cualquier desmitificación. Pero, en nuestros oídos, mucho me temo que palabras de esa índole acaben

*Homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez en la Fundación de Investigadores Marxistas de Madrid, España (2 de noviembre de 1985).

por surtir un deplorable efecto, pues tienden a aliviarnos de la deuda para con dicho exilio cuando ni tan siquiera se ha hecho —hasta la fecha— el menor ademán de estar dispuestos a pagarla.

Por lo que a mí respecta, y por lo que respecta a Adolfo Sánchez Vázquez, traigo al exilio a colación porque acabo de conocer —no había tenido antes la ocasión de conocerlo— su impresionante testimonio sobre el particular, aludido al comienzo de esta sesión por José Sandoval y recogido en el número que la revista *Anthropos* ha dedicado a nuestro amigo.

Al calificar a este testimonio de impresionante, quiero expresar, por lo pronto, cuán profundamente me ha impresionado a mí su lectura. Sobre la base de su propia experiencia personal, Adolfo Sánchez Vázquez contradice ahí la imagen del “trasterrado” de José Gaos —una imagen que a mí, y especialmente después de haber conocido México, me sigue pareciendo muy hermosa— para pasar a ver al desterrado como alguien literalmente “aterrado”, esto es, sin tierra y, lo que es más, sin posibilidad no sólo de volver a recuperar la tierra que ha perdido, sino tampoco de hallar otra en que de veras echar raíces. Como dije, me ha impresionado tanto el texto que no resisto la tentación de reproducir un par de párrafos.

“El desterrado —escribe Sánchez Vázquez— no tiene tierra, raíz o centro. Está en vilo sin asentarse en ella. Cortadas sus raíces, no le es dado arraigarse; prendido del pasado, arrastrado por el futuro, no vive el presente”. Como reconoce Sánchez Vázquez, esta situación cambia con el tiempo, pues el tiempo, que ciertamente mata, también cura. Pueden surgir nuevas raíces aparentes y, de este modo, el presente comienza a cobrar vida en tanto que el pasado se aleja y el futuro pierde un tanto su rostro imperioso. Pero esto, “lejos de suavizar la contradicción que desgarrar al exiliado, la acrece más y más; antes sólo contaba lo dejado allá, ahora hay que contar con lo que se tiene aquí: dramática tabla de contabilidad”. Y lo peor es que ese dramatismo, prosigue Sánchez Vázquez, alcanza su culminación precisamente cuando el exilio se aproxima a tocar a su fin. Desaparecidas un día, un día que puede significar el cabo de unos años o bien de varias décadas, las condiciones que lo generaron, el exiliado se enfrenta con el ansiado momento de cancelar su exilio.

Para muchos, en algunos casos para la mayoría, esto llega demasiado tarde, pero para otros aún es tiempo de poner fin al exilio, porque objetivamente se puede volver [...] Se puede volver si se quiere. Pero, ¿se puede querer? ¿Otro desgarrón? ¿Otra tierra? Porque aquella será propiamente otra y no la que fue objeto de nostalgia [...] y entonces el exiliado descubre, con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente y que, tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser un exiliado.

En esta caracterización del exiliado que se ve condenado a serlo para siempre, se trata elegantemente de ahorrarnos el patetismo —“lo decisivo”, concluye Sánchez Vázquez, “no es estar acá o allá, sino como se está”—, pero esa elegancia no nos autoriza a nosotros a enterrar al exilio, como no estamos todavía autorizados a enterrar al franquismo que hizo posible su perpetuación, la perpetuación, esto es, de la división entre los españoles.

La Guerra civil sí que hay que enterrarla, cosa que cabe hacer, por lo demás, con todos los honores. Aunque en ella se derrochara crueldad por ambos bandos, también se derrochó por ambos bandos heroísmo y generosidad sin límites. Tanto en un campo como en otro hubo gente que se jugó la vida en defensa de causas que transcendían sus intereses personales, y ése no es que digamos un desdeñable denominador común. Pero el franquismo fue algo muy distinto. Fue el envilecedor intento de capitalizar aquella tragedia fratricida, poniéndola al servicio de la autopetruación de una minoría, una gentuza, aprovechada y sin escrúpulos. Y he de confesar que me enferma —no exagero: me enferma— esa oleada de sedicente objetividad que inunda a este país con ocasión del décimo aniversario de la muerte de Franco. Si su régimen duró cuarenta años, ¿por qué no esperar al menos otros cuarenta para aventurar el balance sereno y desapasionado que nos lleve a la conclusión, al parecer reconfortante para muchos, de que la crónica de horrores que es la historia termina siempre deglutiendo todas las injusticias, todas las villanías, todos los crímenes? Sospecho que lo que persigue semejante impaciencia por pasar la esponja sobre nuestro inmediato ayer acaso no sea tanto reconciliarnos con este último cuanto con una realidad actual que en buena parte sigue siendo franquista. Y la persistencia de las consecuencias

del exilio constituye, en mi opinión, un buen recordatorio de dicha situación. Nosotros ya sabemos que Adolfo Sánchez Vázquez, hoy profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México, tiene su vida hecha ahí, ¿pero le ha preguntado alguien, en las alturas de nuestra Administración, si aceptaría ser invitado a dictar un curso en alguna de nuestras universidades? Porque lo que es dentro de éstas, al menos dentro de la mía, la verdad es que no es fácil pensar en la manera de invitarle, cuando incluso es difícil invitarle a pronunciar una conferencia.

Pero, en fin, no sé si a juicio de los organizadores de este acto me estoy extendiendo demasiado en aquel punto. Después de todo, y si no he entendido mal, éste es un homenaje que se rinde a un ilustre filósofo marxista y en el que los filósofos que intervienen en él tendrían que hablar de su filosofía. O, por lo menos, así se suponía. El problema, no obstante, es que mis compañeros de esta Mesa son también, aun cuando cada uno a su manera, más o menos conspicuamente marxistas, lo que no necesito decir que no es mi caso. Y de ahí que mi intervención haya de proceder desde el margen, aunque, por descontado, sin merma del afecto. Pues bien, si desde el margen se me deja decir qué es lo que yo valoro más de la manera de entender el marxismo de Adolfo Sánchez Vázquez, señalaría ante todo un par de aspectos. Por una parte, me atrajo siempre de él el espíritu autocrítico y el antidogmatismo de que acostumbraba a hacer gala en su aproximación a la ética, la estética o la filosofía de la praxis. Por otra parte, me atrajo asimismo, y me sigue atrayendo, la obstinación con que, bien que de forma antidogmática y autocrítica, ha sido y continúa hoy siendo fiel a sus convicciones marxistas. Pero a lo que ya no me atrevería tanto es a ejemplificar qué es lo que entiendo yo, a mi vez, por convicciones marxistas, por marxismo autocrítico o por dogmas en el marxismo. No me atrevería porque ésas son, como se sabe, cuestiones disputadas dentro de la familia, y la primera obligación de un huésped educado es abstenerse de terciar en este género de disputas familiares. De ahí que prefiera mantenerme en el estricto terreno personal y abordar el asunto desde otra perspectiva.

Como se habrá apreciado, y a pesar de no ser un filósofo marxista, uno está en buena relación con una serie de colegas que sí lo son. Y, ya en el terreno de las confianzas, les voy a hablar de un *test* al que

hace años acostumbraba a someter, muy de puertas adentro y para mí, a los filósofos marxistas que iba conociendo. Filósofos que por lo común, no hay que insistir en ello, eran gente civilizada y dialogante. Al *test* de marras lo podríamos llamar el “*test* del comisariado de cultura” y venía más o menos a consistir en lo siguiente. Imaginemos que en nuestro país ha acontecido una revolución marxista y que la tal revolución se consolida mediante lo que en otros tiempos se habría denominado una cristalización staliniana. E imaginemos que mi interlocutor de turno, con quien ahora discuto apaciblemente de filosofía en los términos más corteses y académicos que imaginarse pueda, se hubiese convertido a la sazón en comisario de Cultura y tuviese a su cargo el visto bueno de un trabajo mío, precisamente aquel sobre el que en este instante versa nuestra apacible discusión. ¿Acreditaría en dicho caso mi interlocutor la misma comprensión y la misma condescendencia con que me está oyendo exponerle que nunca entendí bien eso de la dialéctica, o que los ingredientes teológicos del materialismo histórico me aperplejan, o que el socialismo científico sencillamente me parece una contradicción en los términos? Tengo que confesar que, en el imaginario plano de este *Gendakenexperiment*, algunos de esos mis conocidos se revelaban muy capaces —aun si no más, claro está, que en mi imaginación— de dejar tamañito al camarada Zdanov, y su reacciones previsibles podrían muy bien alimentar más de una pesadilla nocturna liberal. En honor a la verdad, he de advertir que nunca sometí a Adolfo Sánchez Vázquez a un experimento mental semejante, pues rara vez lo hice con un amigo. Pero, ahora que lo pienso, añadiré que Adolfo hubiera superado aquella prueba, en lo que a mí concierne, con todos los pronunciamientos favorables. En definitiva, no hay que ser fichteano para acordar que el resultado de la misma no depende de la clase de filosofía que se sustente, sino de la clase de persona que se sea, razón por la que nuestro *test* es aplicable, independientemente de la ideología de esa persona, a otras situaciones imaginables y en distintos contextos. He aquí otra versión posible del experimento, harto más adecuada a los tiempos que corren, consistente en imaginar que lo que ha acontecido, no es ninguna revolución triunfante, sino sólo una simple victoria electoral plasmada en una cristalización socialdemócrata, en cuyo caso, naturalmente, lo que detente mi interlocutor no sería un comisariado

de cultura, sino una Dirección General del mismo nombre. Imaginémoslo y vayamos con este nuevo *test*, que podría ser llamado el “*test* del director general”. ¿No vendría mi interlocutor a decirme ahora que nuestra discusión carece de sentido, toda vez que el marxismo ha muerto hace ya tiempo, y que lo verdaderamente fascinante es preguntarse cómo el mundo, y por supuesto nuestro país, ha podido transitar desde la premodernidad a la posmodernidad sin acabar de completar el ciclo de la modernidad, si bien él, mi interlocutor, no puede abandonarse a esa fascinación porque le han encargado formar parte, lo que le absorbe por completo, de la comisión encargada de preparar la campaña de la televisión en pro del *sí* para el próximo referéndum acerca de la entrada de España en la OTAN? No es preciso añadir que Adolfo Sánchez Vázquez también superaría sobradamente esta segunda prueba, puesto que su antidogmatismo y su sentido crítico para con las respuestas del marxismo no tendrían por qué empañar, ni en su caso las empañaron jamás, la sinceridad y la decencia con que siempre se tomó en serio sus preguntas.

Por ese tipo de marxistas, dubitativos en la teoría y empecinados en su práctica, siempre sentí respeto y, lo que es más, admiración. Se compartan o no sus ideales, ¿cómo no admirar a una persona como Adolfo Sánchez Vázquez, capaz de rematar su autobiografía intelectual (“*Post-scriptum* a ‘Mi obra filosófica’”, 1985) con estas palabras:

Muchas verdades se han venido a tierra, ciertos objetivos no han resistido el contraste con la realidad y algunas esperanzas se han desvanecido, pero aunque en el camino para transformar nuestro mundo presente hay retrocesos, obstáculos y sufrimientos que, en nuestros años juveniles, no sospechábamos, nuestra meta sigue siendo ese otro mundo que desde nuestra juventud y como socialismo hemos concebido, soñado y deseado.

En cuanto a mí, lo que esas palabras *me* suscitan no es sólo admiración, sino, como dije al comienzo, también un gran cariño, que es, más que cualquier innecesaria afinidad ideológica, el que me trajo aquí esta tarde con ustedes.

Carlos París

Javier Muguerza ha hecho brillar la personalidad de Adolfo Sánchez Vázquez, sometiéndola humorísticamente a un singular *test* para filósofos marxistas, y contemplando su triunfo en tan peregrina prueba. Mis palabras iniciales van a recorrer senderos psicológicos muy alejados del mundo de los *tests*: serán los del recuerdo y del encuentro. Al hablar, en efecto, en este homenaje a Adolfo no puedo dejar de evocar el momento en que nos conocimos hace ya veinte largos años. Fue en México, en 1963, y en el ámbito de un congreso internacional de filosofía. Eran aquellos tiempos en que la España rota por la Guerra civil trataba de reanudar sus lazos. A los que nos formamos en la larga etapa posbélica se nos había querido arrebatarse por el régimen el conocimiento de nuestro pasado inmediato y tuvimos que ir rehaciendo nuestra memoria histórica colectiva, buscando no ya el tiempo perdido sino hurtado, sustraído a nuestro ser y a nuestra identidad. Y así fuimos descubriendo lo que había sido la España de los partidos de izquierda y de la Institución Libre, la vida intelectual y política, que había florecido sobre nuestro suelo, la realidad de aquella Segunda República, vilipendiada por los tópicos oficiales. Y también lo que era la España peregrina del exilio con cuyos filósofos, así con García Bacca, con Ferrater, íbamos progresivamente estableciendo relación intelectual y humana.

Veo mi encuentro con Adolfo Sánchez Vázquez en el marco de esta aventura global de una manera especialmente viva, como iniciación de la profunda y solidaria amistad que a partir de entonces ha ido creciendo. En aquellos momentos Adolfo, tras las múltiples peripecias del exilio, estaba iniciando su labor más rigurosa a la cual hoy rendimos homenaje. Me sorprendió muy gratamente el talante tan abierto y su interés por lo que estaba ocurriendo en España, especialmente en el campo filosófico, cuyas novedades él procuraba seguir. Hablamos, así, del curso sobre marxismo que habíamos desarrollado en Santiago y Guadarrama había editado, también de las obras de Calvez y Wetter que manifestaban una actitud nueva de los medios eclesásticos ante el marxismo. Y recuerdo todavía múltiples momentos de nuestra convivencia en aquellos días, cuando conversábamos durante una comida sobre la política agraria de la Segunda República y des-

pués dialogamos brevemente con Goldmann, o cuando me presentó a los filósofos soviéticos, a quienes como traductor de ruso acompañaba. Son muchos los episodios que ahora vienen a mi memoria en el cauce de una contrastación de ideas y experiencias vitales tan diversas que, al menos desde mi punto de vista, resultaba muy enriquecedora.

Y puedo decir que tras aquel ya lejano encuentro Adolfo Sánchez Vázquez se convirtió para mí en una muy importante compañía, a pesar de la distancia. Así, en un decisivo aspecto, con la virtualidad que la letra impresa posee de cabalgar sobre el espacio y el tiempo, a través de sus libros, de las obras que han ido surgiendo de la actividad tan fecunda y rigurosa de Adolfo a lo largo de estos veinte años. *La filosofía de la praxis, Filosofía y economía en el joven Marx*, toda la investigación de Adolfo en los campos de la estética y la ética me han proporcionado horas de lectura y relectura tan aleccionadora como estimulante y placentera. En toda la obra de Adolfo Sánchez Vázquez, por aludir ahora a un rasgo muy global, sorprende el modo como conjuga el rigor erudito en el análisis y manejo de los textos con la capacidad de penetrar su sentido más profundo y proyectarlo recreadoramente sobre los problemas de nuestra hora. Entonces el marxismo, muy lejos de fosilizarse en una escolástica beata, en manos de Sánchez Vázquez se muestra como un pensamiento vivo y actual. Y ello guarda estrecha relación con su planteamiento desde el concepto de praxis, con la visión del hombre como ser activo, creador, y del marxismo como voluntad transformadora de la realidad, guiada por el análisis concreto. Muy opuesta a la concepción del marxismo como un sistema metafísico de signo materialista o como una ciencia de los fenómenos sociales que traslada a tal campo la legalidad científico-cultural.

Pero, afortunadamente, la compañía de los libros ha podido ser completada y humanizada por renovados encuentros a lo largo de estos años, ya en España, ya en México. Creo que fue la Universidad Autónoma de Madrid una de las primeras universidades españolas donde disertó Adolfo, tras los largos años de aislamiento. Y también, a pesar de la crisis y bancarrota de un género de comunicación que antaño fue tan gloriosa, la epistolar, puedo dar fe de que Adolfo no sólo escribe libros, sino incluso cartas. Encontrar una carta *amical* al re-

coger el correo, entre la marabunta de notas bancarias, notificaciones de sorteos de coches e invitaciones para conseguir una grácil silueta o un eficaz dominio de las artes marciales gracias a la inscripción en el gimnasio próximo, supone insólita alegría. Y Adolfo ha sido capaz de proporcionármela en diversas ocasiones de un modo alentador, recuerdo así la carta que me escribió cuando vio mi nombre en las listas del partido en las primeras elecciones generales o la muy reciente acusando recibo de mi último libro.

Y, más allá de la relación personal en que me he detenido, me gustaría ahora comentar algunos aspectos de la figura de Adolfo Sánchez Vázquez que me parecen pertinentemente ejemplares de cara a la sociedad española actual. Pienso primeramente en la manera de asumir la propia historia, de un modo coherentemente profundo, fiel a tal coherencia y soberanamente superior a la oportunidad del momento. Entiendo que Adolfo en su juventud partió de dos grandes experiencias: la de la poesía y la de la lucha política. Dos experiencias que en aquellos momentos de la vida española latían con peculiar intensidad, y que, incluso, muchas veces se unían con la natural lógica —potenciada por la coyuntural circunstancia— de que ambas brotaban del común impulso por desarrollar las potencialidades de la existencia humana. Eran, ciertamente, aquellos —así tenemos que pensarlos— tiempos de ambición, en que lo más lúcido de la sociedad española se levantaba sobre el presente hacia un futuro mejor. Atravesando la derrota y el exilio el doctor Sánchez Vázquez ha seguido siendo leal a aquellas aspiraciones radicales, que han fecundado su vida. Por una parte la experiencia estética no sólo le brindó una temática de investigación, fundamental en su obra filosófica, sino una libertad y creatividad, consustanciales a la poesía, que han informado su trayectoria. Por otra parte, desde la lucha política, directa y absorbente en los momentos más dramáticos, se remontó a la teorización, comprendida como necesidad clarificadora de dicha lucha. La respuesta ha sido toda la aportación al marxismo como filosofía y como práctica actual desarrollada por este filósofo español.

Asistimos hoy en nuestra España al espectáculo de la versatilidad más desenfrenada, pretenciosamente erigida, por mayor burla, en ideal. Y en tan circense espectáculo sobresale la pirueta de los tremendos jóvenes revolucionarios de los sesentas y setentas que ahora

proclaman con gestos artificiosos, exuberantes de pedantería, una recién conquistada madurez. Madurez un tanto esclerótica —quizá como el marxismo de manual que antaño profesaban—, la cual levanta al grado máximo de sabiduría política la aceptación del orden establecido, contrapuntada por la autoburla masoquista de su utopismo juvenil. En medio de tal espectáculo testimonios como la biografía de Adolfo Sánchez Vázquez se convierten en una lección ejemplar. Cuando vemos cómo una vida, sin renunciar a la necesaria autodiscusión, a la captación de las innovaciones que el paso del tiempo y la interna maduración implican, puede ser íntimamente fiel, coherente con las grandes experiencias iniciales de rebeldía y de lucha, con el compromiso radical siempre mantenido.

Además en Adolfo nos encontramos con la generación en que se empezó a superar lo que ha sido un verdadero drama de nuestra historia contemporánea española y que es la escisión entre el movimiento obrero y la vida intelectual. Antes, al principio de estas palabras, me refería al esfuerzo de recuperación de nuestra historia que las generaciones posteriores a la Guerra civil hemos tenido que hacer; pues bien, en este sentido, al volver la vista atrás, contemplando el desarrollo de las luchas obreras y del pensamiento revolucionario unido a ellas, nos percatamos de que en la España contemporánea ha habido una fractura especialmente grave. Por una parte surge un movimiento obrero cuya combatividad no se puede desconocer, pero la vida intelectual permaneció básicamente insensible a él; no sólo a sus combates, sino a las aportaciones intelectuales que desde la conciencia pensante revolucionaria se realizaban. Ello resulta especialmente llamativo en relación con el marxismo, cuya recepción se produce de un modo sumamente tardío en nuestro país. No se trata simplificadoramente de un problema de pobreza intelectual; desde finales del siglo XIX asistimos a un florecimiento de la vida intelectual en España, tanto en el aspecto literario y artístico como en el científico, pero tal proceso está presidido por una comprensión eticista, y pedagógica, de la función del intelectual, ajena, o incluso hostil, a su compromiso en la lucha política, también por una visión idealista de la dinámica histórica. Aunque la Academia también en otros medios haya rechazado, con natural reflejo burgués, el pensamiento revolucionario, el caso es que surgieron figuras como Labriola y Gramsci, Lenin,

Rosa Luxemburgo, teóricos que en nuestra patria no se dieron. Y la consecuencia fue un empobrecimiento tanto de nuestro movimiento obrero como de nuestra vida intelectual. Algo que, me parece, Adolfo vivió en sus años de formación de una manera muy intensa, notando esta carencia, este vacío. Como sin duda lo notaron también otros hombres de su generación, para reaccionar creativamente; y es, así, en la Segunda República, en la experiencia dramática de la Guerra civil cuando se decanta una intelectualidad de izquierdas. Ante el gran desgarramiento, ante la explosión violenta de la lucha de clases, algunos eximios intelectuales quedarán perplejos. Haciendo gala de lucidez, pretendiendo desde ella dirigir a los conciudadanos, resulta que no entienden la realidad que les rodeaba: es el coste de su desprecio por el pensamiento de izquierdas. Otros —recordemos como paradigma a Antonio Machado—, intuitiva, poéticamente se comprometen con el pueblo, o, como Adolfo Sánchez Vázquez, en plena juventud, orientan su proyecto vital hacia la formación de la base teórica de la cual la rebeldía espontánea de nuestro pueblo había carecido.

Esta cultura de izquierdas también se fue formando en singular fenómeno histórico en la España del franquismo, en la lucha con la dictadura. La represión, el absurdo de aquella España frustrante en su directa imposición fascista o en la manipulación tecnocrática, actuaron como un acicate, según un mecanismo de defensa social que la misma violencia del poder, cuando se torna especialmente burda e intensa, suele suscitar. Y en tiempos de consumismo el trabajo riguroso intelectual y político se trabó como la moda. Por ende, cuando el franquismo latía ya con menos vigor se convirtió en negocio editar a Marx, a Lenin o a Mao; en prestigio firmar manifiestos contestatarios; en título de competencia la aureola de intelectual progresista. Las modas han cambiado al dictado del nuevo sistema de poder que hemos estrenado. No es ya un buen tono mantener las actitudes contestatarias, cuando éstas, fenecido Franco, pueden alcanzar a Reagan, a la modernización, a los grandes valores de Occidente, por cuyas avenidas circulamos gozosos, como chicos con zapatos nuevos. La función permitida al intelectual oscila entre la integración —que ya no tiene que ser vergonzante cuando periódicamente se permite a nuestro pueblo depositar en la urna el voto que le recomienda la televisión— y la evasión hacia los paraísos íntimos o la política de radica-

lidad teórica, inoperante. Y evidentemente se acepta con complacencia, retornando al viejo modelo, las actitudes recluidas en la torre de marfil, en que la falta de compromiso, de conciencia social es disfrazada —o quizá ingenuamente asumida— como expresión de una vida intelectual tan rica y pura que a sí misma se basta. Pero la realidad es que los problemas están ahí, al margen de las modas y la manipulación. Y son los viejos problemas con un rostro nuevo. Es el drama del armamentismo, del imperialismo, de la división de la humanidad en bloques antagónicos, de la amenaza de la guerra nuclear y de su constante preparación, de la barbarización bajo las nuevas tecnologías. Problemas a los cuales el intelectual tiene que responder críticamente, en rebeldía suscitadora de las mejores posibilidades humanas, tal como Adolfo supo hacer y sigue haciendo a lo largo de su trayectoria vital.

Valeriano Bozal

En 1965, cuando todavía se debatía intensamente la problemática del realismo y la posibilidad de la estética marxista, se publicó en México un libro que, con una sugerente portada en la que contrastaban *Las señoritas de Avignon*, de Picasso, y unas figuras simbólicas de las masas, afrontaba directamente esas cuestiones y reunía una notable capacidad polémica con un riguroso análisis teórico.

El libro había sido publicado por la editorial Era; no sé si la portada era de Vicente Rojo; el título, *Los ideas estéticas de Marx. (Ensayos de estética marxista)*; el autor, Adolfo Sánchez Vázquez, un español nacido en 1915, exiliado, catedrático de estética en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Era difícil comprar aquel libro, no parecía autorizado, a pesar de su temática abstracta o teórica; se encontraba “bajo cuerda” en algunas librerías. En aquellos años un debate teórico podía tener un sentido político, éste lo tenía. En sus páginas, Sánchez Vázquez no se limitaba a exponer las ideas estéticas de Marx —lo que ya era mucho—, los nombres de Lukács y Garaudy, de Kafka, Plejánov, las posibilidades y dificultades de una sociología del arte, las relaciones entre arte y sociedad, la situación del arte en el capitalismo... eran cuestio-

nes básicas de una discusión teórica y política que centró los años sesentas.

Años después conocí personalmente al autor; Sánchez Vázquez vino a Madrid, conocí a un hombre espigado, de hablar pausado, de amplios conocimientos, era la primera vez que conocía a un filósofo marxista, en el estricto sentido de la palabra. Nuestra conversación, también con Alberto Corazón, no fue, sin embargo, sólo de filosofía. Sánchez Vázquez iba de la filosofía a la política y de la política a la filosofía, y, con ambas, solicitaba información, una información personal, no estereotipada, sobre la realidad social, cultural y política de nuestro país. Creo que en aquel encuentro surgió una amistad que se ha mantenido con los años y en la distancia. A partir de entonces establecimos una correspondencia epistolar en la que siempre destacó la curiosidad por los hechos y el espíritu abierto de Sánchez Vázquez a propósito de todo lo que pasaba en España.

Adolfo Sánchez Vázquez es un filósofo, pero no es un hombre abstracto. No sólo porque, en cuanto ciudadano, participa de la actividad política, milita en un partido o colabora en publicaciones. Ante todo, porque se ha mantenido siempre en el filo de ese debate teórico y político, simultáneamente teórico y político, porque ha reflexionado sobre él y lo ha hecho sin dogmatismos de ninguna clase.

Esta es una dimensión relevante que deseo destacar. Su breve pero fundamental escrito *Del socialismo científico al socialismo utópico*, publicado inicialmente en un volumen colectivo en 1971 —*Crítico de la utopía*—, reeditado como libro de bolsillo en 1975, es a este respecto ilustrativo. Ilustrativo en un doble sentido: Sánchez Vázquez pone de manifiesto una relación abierta, no reverencial, con los clásicos; la suya no es la posición del apologeta, es la de quien quiere comprender mejor, la de quien se niega a lo convencional o consagrado; en segundo lugar, Sánchez Vázquez entraba en una discusión que orientó buena parte de los últimos años de los sesentas y los primeros de los setentas: el debate sobre el estructuralismo marxista y las posiciones de Althusser —una vez más, debate teórico y político, como bien supieron ver los comunistas italianos—, que recogía y prolongaba aquel otro que se había mantenido en los años veintes y treintas sobre el sujeto revolucionario, que tiene en *Historia y conciencia de clase*, de G. Lukács, un hito fundamental.

El final de este libro merece ser recordado. Puede ser, hoy, muy actual:

Lo utópico —escribía Sánchez Vázquez— no es sólo síntoma o índice revelador de una crisis o expresión de una pérdida de contacto con la realidad, o de una carencia del conocimiento de lo real, sino también indicación de un posible que hoy todavía no podemos fundar ni realizar. El utopismo no puede ser abolido total y definitivamente. Esto quiere decir que la transformación del socialismo de utopía en ciencia, o sea, la fundación de la praxis revolucionaria en un conocimiento de lo real, así como la anticipación del futuro a partir de condiciones reales, sigue siendo una empresa que no terminó con Marx y Engels. Por el contrario, necesita ser renovada cada día.

Hoy, cuando la crisis se transparenta en las vicisitudes del cambio, estas frases pueden ser o ininteligibles o explosivas, por eso yo pido que sean leídas con atención.

Ese folleto no es la única aportación al debate. *Ciencia y revolución*. (*El marxismo de Althusser*), publicado en 1978, aunque recoge en sus páginas algunos textos anteriores, y *Filosofía y economía en el joven Marx* (1982) son dos volúmenes que se sitúan en ese horizonte, aunque no lo agotan. Ambos van más allá de la coyuntura polémica, la trascienden para convertirse en reflexiones fundamentales en el campo de la filosofía marxista. Una *filosofía de la praxis*, este es para Sánchez Vázquez el centro mismo del marxismo, su punto nodal, tal como lo expone en el libro que publica con ese título en 1967 y reedita con cambios sustanciales en 1980, o como se aprecia en numerosos textos sobre arte y estética, por ejemplo, en los recogidos en *Sobre arte y revolución* (1979), o en su fundamental antología *Estética y marxismo* (1970 y ediciones posteriores), una imprescindible herramienta de trabajo para todos los interesados en estas cuestiones, pero también y sobre todo una presentación de la fecunda variedad del pensamiento marxista.

No quisiera terminar sin llamar la atención sobre un tópico. Suele decirse, y durante mucho tiempo fue verdad, que el pensamiento marxista español es muy pobre. Ciertamente ha sido así durante largos periodos de tiempo, basta recordar lo que se escribió en esta

línea durante la Segunda República. No es ahora momento de analizar las causas de ese hecho, sí de señalar que esa pobreza no es característica que podamos admitir hoy. Hace pocos meses fallecía Manuel Sacristán, figura central en la renovación del marxismo en estos años; hoy tenemos aquí a Adolfo Sánchez Vázquez, ejemplo de un pensamiento vivo y riguroso; ejemplo, también, de maestro y de amigo.

José Jiménez

El contacto humano e intelectual con Adolfo Sánchez Vázquez supone siempre un enriquecimiento personal. Al acercarte a él, al hablarle de cualquier proyecto teórico, de cualquier hipótesis de trabajo, recoges en Adolfo la atención de su mirada, la confianza en el valor de lo que intentas. Es una forma de otorgar seguridad, de hacer sentir que las obras y la acción constituyen el mundo del hombre, una manera respetuosa de animar a no quedarse quieto, una forma de invitar, en definitiva, como en el poema de Bertolt Brecht, a sentirte como en tu casa en el terreno de la acción: “Ésta es tu casa”.

Humanidad y humanismo. Ejes, práctico y conceptual, de una dilatada trayectoria política, militante, de una generosa experiencia pedagógica, de una considerable obra de pensamiento. La dimensión totalizante o global que caracteriza el discurrir de la vida humana queda así, en Sánchez Vázquez, envuelta en un horizonte de coherencia. En los terrenos teórico y político, adhesión al *marxismo*. Pero no a cualquier “marxismo”, sino a una concepción del marxismo como *filosofía de la praxis*. Lo que significa, además, no aceptar la escisión o separación entre teoría y práctica, reivindicar como dimensión más genuina del marxismo su capacidad para hacer incidir la teoría en la práctica, en la transformación de la realidad, en la modificación de la vida humana.

La centralidad y vigencia de la obra de Marx arrancararía, precisamente, de su exigencia práctica, de su llamada a la transformación de la realidad, a no quedarse sin más en una nueva interpretación de la misma. Y es en ese sentido en el que Sánchez Vázquez subraya que el marxismo “forma parte, como teoría, del proceso mismo de trans-

formación de lo real”.¹ No es que en otros momentos de la historia del pensamiento no se haya situado en primer plano la categoría de praxis. Sino que “con el contenido de actividad práctica material, transformadora del mundo —y no con el sentido limitado de actividad moral contrapuesta a la teoría— sólo irrumpe en la historia de la filosofía con Marx”.²

Frente a la variedad abstracta de tantas degeneraciones dogmáticas del marxismo, Sánchez Vázquez llama la atención sobre su capacidad de incidencia *práctica*, situando justamente ahí el núcleo de su riqueza filosófica. Y ello significa, en mi opinión, una reivindicación *antropológica* del marxismo, que si se ha convertido en uno de los componentes conceptuales y materiales centrales en el mundo moderno es porque afecta a la *posibilidad* de transformar nuestras vidas, de modificar la configuración de nuestras sociedades. El hombre concreto, como *ser social*, aparece como desencadenante o sujeto y como término de la praxis: “el resultado es una nueva realidad, que subsiste independientemente del sujeto o de los sujetos concretos que la engendraron con su actividad subjetiva, pero que, en definitiva, sólo existe por el hombre y para el hombre, como ser social”.³ Desde mi punto de vista, es en esa línea donde se puede situar con mayor riqueza el *materialismo filosófico* que inspira la obra de Marx, de sus primeros escritos a *El capital*, y no en los intentos de construcción de “ontologías materialistas”, que por su carácter hipostático y apriorístico suponen una recaída en el idealismo filosófico. Como señala Sánchez Vázquez, “Marx pudo llevar adelante el principio de la actividad del sujeto, una vez antropologizado, al concebir al hombre real no sólo como ser teórico, sino como un ser práctico (o, más exactamente, teórico-práctico)”.⁴ Con lo que podemos apreciar lo que, para mí, constituye uno de los mejores logros teóricos de Sánchez Vázquez: la caracterización del marxismo a partir del establecimiento del correlato central de la *categoría praxis* con una *concepción*

¹ Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*, correg. y aumentado. Barcelona, Crítica, 1980, p. 8.

² *Ibid.*, p. 421.

³ *Ibid.*, p. 236.

⁴ *Ibid.*, pp. 421-422.

materialista del ser humano. Es decir, la comprensión de “la praxis como actividad material humana, transformadora del mundo y del hombre mismo”.⁵

Y hay que tener en cuenta, por lo demás, que sólo una comprensión materialista del hombre permite aprehender en toda su riqueza la diversidad de niveles en el despliegue de la realidad vital, su pluralidad histórica y cultural, en lugar del “reduccionismo” inevitable que conlleva la identificación de lo humano con una “esencia” ideal. También en este punto Sánchez Vázquez nos ha dado una notable contribución filosófica, al advertir las distintas formas de despliegue de la praxis. No basta, en efecto, con situar en primer plano de nuestra atención filosófica la actividad material o praxis. Hay que dar un paso más, distinguiendo las diversas formas de praxis: *productiva, artística, experimental y política*. Y observando que mientras en las tres primeras formas la praxis actúa sobre una materia “natural” (al menos en principio), en la praxis política el hombre es simultáneamente sujeto y objeto, actúa sobre sí mismo.⁶ El trabajo y la producción material, el arte, la ciencia (junto a otros campos de la acción humana), y su análisis exigirá por tanto un tratamiento específico, diferenciado.

Será ésta una cuestión de gran alcance en el terreno de la aportación de Sánchez Vázquez a la estética: en lugar de aceptar, como ha sido tantas veces habitual en el marxismo más dogmático, la subordinación del arte a la política, Sánchez Vázquez ha subrayado la autonomía de estas dos formas de la praxis en su despliegue material. Pero salvaguardando, al mismo tiempo, su incidencia mutua, su unidad antropológica, como formas de la acción humana.

Resulta significativo que el llevar hasta sus últimas consecuencias una reflexión sobre la estética pueda ser tan importante para evitar la derivación dogmática del marxismo. Al analizar los puntos de vista de Lenin o Lunacharski, por ejemplo, sobre el arte y la estética, Sánchez Vázquez nos hace ver cómo, a pesar de su actitud abierta y de respeto, un tratamiento político de las cuestiones artísticas resulta exterior a las mismas y, por ello, conlleva ciertas limitaciones. Limitaciones evidentes a lo largo de nuestro siglo en el conflicto constante del

⁵ *Ibid.*, p. 422.

⁶ *Ibid.*, pp. 237-244.

marxismo dogmático y “oficialista” con las vanguardias artísticas, en el que éstas son contempladas desde un prisma estrictamente político, completamente externo al arte.

En lugar de aceptar esa subordinación a lo político, para Sánchez Vázquez “la vanguardia artística responde históricamente a la necesidad de asegurar la continuidad del movimiento creador e innovador que es consubstancial con el arte”.⁷ Sólo un “concepto abierto del arte”, que recoja todos sus aspectos y dimensiones desde un punto de vista general, permite comprender la actividad artística por sí misma, en toda su riqueza, así como dar cuenta de los factores circunstanciales que aparecen en un contexto cultural o histórico determinado. Según Sánchez Vázquez, el arte es “una actividad humana creadora mediante la cual se produce un objeto material, sensible, que gracias a la forma que recibe una materia dada, expresa y comunica el contenido espiritual objetivado y plasmado en dicho producto u obra de arte, contenido que pone de manifiesto cierta relación con la realidad”.⁸ Se trata, como vemos, de una concepción bastante compleja, y absolutamente alejada de ese simplismo que al ver en el arte un “reflejo” de la vida social acaba por propiciar su subordinación al dictado de lo político. El arte es básicamente *actividad humana creadora*. Pero, además, una serie de características propias lo diferencian de otras actividades humanas igualmente creadoras: 1) producción de objetos materiales, sensibles; 2) capaces de expresar y comunicar un contenido espiritual objetivado gracias a la forma que reciben, y 3) lo que entraña una relación específica con la realidad.

A esta luz, las vanguardias artísticas de nuestro siglo responderían plenamente a la dinámica propia del arte a lo largo de toda su historia, si bien habría que registrar como factor circunstancial la *intensificación* de los momentos de creación e innovación. Frente a la incompreensión crítica o al ejercicio político de la censura, lo que encontramos en Sánchez Vázquez es la afirmación de la necesidad del encuentro entre la vanguardia política o revolucionaria y la vanguardia ar-

⁷ A. Sánchez Vázquez, *Ensayos sobre arte y marxismo*. México, Grijalbo, 1984, p. 55.

⁸ *Ibid.*, p. 43.

tística. Un encuentro que, históricamente, no ha tenido lugar, a pesar de que, como dice Sánchez Vázquez, tanto la poesía (y por extensión, las demás artes) como la militancia revolucionaria “son, en cierto modo, dos manifestaciones de una misma necesidad del hombre: la necesidad de crear”.⁹

Por otra parte, hay que ver en las vanguardias artísticas, en su exacerbación formalista, la expresión de un “malestar” profundo, la interrogación acerca del destino del arte, de la posibilidad de su muerte. En este punto, y retomando argumentos desarrollados por Marx y Engels, Sánchez Vázquez señala que dicho “malestar” no tendría solución en un movimiento de restauración de una práctica artística reservada a una “élite”, sino mediante el paso a una nueva conformación del arte en la que se eliminará la pasividad del consumidor estético, abriendo así la vía a un arte donde lo humano se afirme con creatividad. Se trataría, en definitiva, de la “abolición” de la forma actual del arte, para dar paso “a una ampliación del universo estético, a una socialización de la creación”.¹⁰ En esta perspectiva, la exigencia de la libertad de creación dejaría de ser contemplada de una forma escindida, como privilegio de una franja social restringida: “La libertad de creación sólo podrá darse realmente cuando el arte sea, en un terreno específico, la manifestación real de toda la sociedad”.¹¹ Pero, naturalmente, ello requiere el paso del actual sistema productivo a otro no basado en la producción de mercancías y la escisión social. Y así, en último término, el destino del arte resultaría inseparable del destino del socialismo. Estética y política confluyen, pero Sánchez Vázquez cuida siempre de mostrar que esa confluencia, que tiene su raíz en su común fundamento antropológico, sólo puede potenciarse creativa y revolucionariamente en el respeto pleno de la autonomía de ambas.

Humanidad y humanismo, como decíamos al principio. Militancia revolucionaria, apertura pedagógica, construcción teórica. Todo ello integra en Sánchez Vázquez, en la síntesis viva que construye de pensamiento y acción, una vía de profundización en la línea de la práctica y el pensamiento emancipatorios, que tienen su origen en la ilustra-

⁹ *Ibid.*, p. 199.

¹⁰ *Ibid.*, p. 138.

¹¹ *Ibid.*, p. 197.

ción y su continuidad más sólida en el marxismo. Autonomía antropológica, toma de conciencia de la capacidad humana para transformar las condiciones de existencia. Ése sería el objetivo medular de Adolfo Sánchez Vázquez: “elear la conciencia filosófica de la actividad práctica material del hombre”.¹² Construcción de un pensamiento y una línea de acción críticos, abiertos a la duda, pero —como escribe Bertolt Brecht en su *Elogio de la duda*— conscientes de la posibilidad de transformar el mundo, de que:

[...] La más hermosa de todas las dudas
es cuando los débiles y desalentados levantan su cabeza
y dejan de creer
en la fuerza de sus opresores.

¹² A. Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*, p. 424.